

A MEDIO SIGLO DE LA APARICIÓN DE LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

OSCAR MATA*

“Copiosa será la cosecha de la tierra
que fue fango y el hierro roturó”¹

En 1960, al cumplirse los primeros cincuenta años del inicio del movimiento de liberación encabezado por Francisco I. Madero, se publicó *La novela de la Revolución Mexicana*,² una antología preparada por Antonio Castro Leal para Aguilar Mexicana de Ediciones. La obra consta de dos gruesos volúmenes, con más de mil apretadas páginas cada uno, y reúne veintiún piezas narrativas entre las que obviamente predomina la novela, aunque hay ejemplos de otros géneros literarios, de doce escritores que –salvo alguna excepción– habían sido participantes, o al menos testigos, de “la bola” que cambió radicalmente a nuestro país. La antología venía a ser una celebración literaria de la lucha armada y con el paso del

tiempo se ha convertido en el referente del género llamado “Novela de la Revolución”, un fenómeno literario que únicamente se ha producido en México, pues sólo entre nosotros se dio el hecho de que bastantes autores se dieran a la tarea de escribir sobre los sangrientos sucesos que transformaban a la nación. No sucedió lo mismo, por ejemplo, con la Revolución Rusa, a pesar de la enorme cantidad de escritores realistas que atestiguaron lo que John Reed llamó “*Los diez días que estremecieron al mundo*”... En este 2010 bicentenario, a medio siglo de su aparición y en el centenario de “La fiesta de las balas”, vale la pena darle una relectura.

Antonio Castro Leal (1896-1981), claro ejemplo de los hombres de letras de la primera mitad del siglo xx, que supieron amalgamar su vocación literaria con el servicio a su patria en la administración pública, no se limitó a seleccionar el material de la antología, sino que además de la introducción elaboró una cronología de los principales acontecimientos de la Revolución Mexicana, también un censo de personajes, un índice de lugares, un glosario y una bibliografía; un espléndido trabajo editorial, similar al que llevó a cabo durante casi dos décadas al frente de

* Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.

¹ Epígrafe de la primera edición en libro de *Los de abajo*. El Paso, Tejas, Imprenta de *El Paso del Norte*, 1916, que fue suprimido en las siguientes ediciones.

² Antonio Castro Leal (comp.) *La novela de la Revolución Mexicana*.

la imprescindible Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa, amén de docenas de estudios sobre las principales plumas de México. Don Antonio no escribió una historia de la literatura mexicana, lo cual no deja de ser una lástima, aunque con sus prólogos e introducciones brinda una de las visiones más completas y más documentadas de nuestras letras.

Castro Leal inicia su estudio introductorio con la definición, que al paso del tiempo se ha vuelto clásica, de la Novela de la Revolución:

Por novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución, que principia con la rebelión maderista el 20 de noviembre de 1910, y cuya etapa militar puede considerarse que termina con la caída y la muerte de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920.³

Algunas de las obras de la antología no se ciñen a lo expresado líneas arriba, sea por su extensión, como en el caso de *Cartucho* y *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello, o porque su tema o asunto principal no es la Revolución Mexicana, como *Ulises criollo* o *Apuntes de un lugareño*, o simple y sencillamente debido a que no se trata de novelas, así *El águila y la serpiente* es un libro de memorias, o una crónica, y las obras de Nellie Campobello son relatos, algunos muy breves. La mayor parte de la introducción de

Castro Leal está dedicada a la Revolución Mexicana; sólo después de hacer una esquemática relación de los principales hechos de armas y los más significativos acontecimientos políticos, centra su atención en aspectos literarios y establece las características de la novela de la Revolución, que serán tomadas en cuenta por la inmensa mayoría de la crítica: “novela de reflejos autobiográficos”, “novela de cuadros y costumbres episódicas”, “novela de esencia épica” y “novela de afirmación nacionalista”. En sí, la novela de la revolución continúa el realismo narrativo proclamado por José López Portillo en el último tercio del siglo XIX que en los albores del siglo XX se había convertido en costumbrismo. Juan B. Iñiguez⁴ considera a Mariano Azuela un costumbrista, cuya prosa empezó a oler a pólvora por obra y gracia de su participación en el conflicto armado.

Doce autores, nacidos entre 1875 y 1906, son seleccionados por Castro Leal. Como se mencionó antes, buena parte de ellos fueron testigos de los hechos recreados en sus obras, pues entraron en combate o presenciaron acciones de armas a unos cuantos metros de la línea de fuego. Mariano Azuela se enroló en calidad de médico en una facción villista; Martín Luis Guzmán fue gente muy cercana a Francisco Villa y obtuvo el grado de coronel; Gregorio López y Fuentes combatió a los invasores yanquis durante la defensa del puerto de Veracruz y formó parte de las huestes carrancistas; José Mancisidor se unió al ejército constitucionalista y alcanzó el grado de mayor;

³ *Ibid.*, t. 1, p. 17.

⁴ Juan B. Iguiniz. *Bibliografía de novelistas mexicanos*, p. 33.

Francisco L. Urquiza, se incorporó a las filas del Ejército Libertador inmediatamente después de la sublevación de Madero y eventualmente siguió la carrera militar, en la cual logró las estrellas reservadas a los generales. Dos autores pudieron ver de cerca a las tropas de la División del Norte, pero no en acciones militares. Nellie Campobello y su hermana platicaron y jugaron con soldados villistas, cuando éstos pasaron justo enfrente de su casa, en un pueblito de Durango; Rafael F. Muñoz, en su adolescencia, presencié varias entradas de Francisco Villa a la cabeza de sus Dorados en la ciudad de Chihuahua, posteriormente lo conoció en su calidad de periodista.

Otros autores brindaron valiosos servicios a la causa revolucionaria no en la línea de fuego, sino en despachos y oficinas. El abogado José Vasconcelos fue de los protagonistas de la Convención de Aguascalientes y Secretario de Instrucción Pública y de Bellas Artes durante el gobierno provisional de Eulalio González; José Rubén Romero fungió como secretario particular del gobernador de Michoacán, el Ing. Pascual Ortiz Rubio, y fue su representante en la ciudad de México. En cambio, los abogados Agustín Vera y Miguel N. Lira, así como el joven periodista Mauricio Magdaleno, obtuvieron la información para sus novelas en su práctica profesional o escuchando historias de revolucionarios.

En la introducción al segundo tomo de la antología, Castro Leal dice que las primeras novelas de la Revolución Mexicana fueron escritas por autores testigos de la lucha armada, en tanto que las obras del segundo tomo fueron compuestas cuando había una distancia temporal

mayor entre los acontecimientos históricos y las novelas.

Se tiene la idea de que la Novela de la Revolución se escribió “sobre las rodillas”, casi inmediatamente después de los hechos que la inspiraron. Lo anterior bien puede aplicarse a *Los de abajo* (1916) que Mariano Azuela fue escribiendo durante los momentos de calma, se podría decir que entre combate y combate, y concluyó —de manera un tanto precipitada— en El Paso, Texas, algo similar sucedió con varias de sus novelas. Sin embargo, con los otros autores no ocurrió así; por el contrario, hay más de una década entre los acontecimientos que se narran en *El águila y la serpiente* (1928) y su escritura; una cantidad similar de tiempo ha transcurrido entre los juegos infantiles de Nellie Campobello con los soldados villistas y la redacción de *Cartucho* (1931); José Vasconcelos inicia *Ulises criollo* (1935) más de veinte años después del cuartelazo de Huerta; la distancia temporal es todavía mayor entre la invasión yanqui a Veracruz y la aparición de *Frontera junto al mar* (1953). De hecho, si no se toman en cuenta las de Mariano Azuela, las novelas inspiradas en la Revolución Mexicana empezaron a aparecer a finales de los años veinte del siglo pasado y de 1930 a 1945 se editó la mayoría de las narraciones seleccionadas por Castro Leal.

Buena parte de la Novela de la Revolución fue escrita más allá de nuestras fronteras. Formó parte del movimiento de consolidación de la literatura mexicana, que abarca el periodo que va de 1888 al primer tercio del siglo xx, cuando docenas de escritores mexicanos, empezando por Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, continuando con los modernistas y

culminando con miembros del Ateneo de la Juventud, produjeron las obras que le dieron a nuestras letras carta de ciudadanía universal. Al nombre de Mariano Azuela, se pueden agregar los siguientes: Martín Luis Guzmán, quien escribió en Madrid *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*, José Vasconcelos quien inició en el norte de España *Ulises criollo* y con él la saga de sus memorias; José Rubén Romero dictó *Apuntes de un lugareño* en Barcelona, España; en esa misma ciudad, Mauricio Magdaleno, tras enterarse del asesinato de Emiliano Zapata, escribió *El compadre Mendoza*, que desafortunadamente no fue incluida en la antología. En La Habana, Cuba, Nellie Campobello dio forma a las estampas y los relatos de *Cartucho*. Francisco L. Urquiza inició su carrera literaria durante su exilio en Madrid, de 1921 a 1924. Algunas novelas de la Revolución fueron editadas por vez primera en el extranjero, como consecuencia del clima político que prevalecía en México durante el Maximato, como *La sombra del caudillo* (1930) y *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), que se imprimieron en la capital de España.

Doroteo Arango, mejor conocido como Pancho Villa es la figura principal, el personaje por excelencia de la narrativa de la Revolución Mexicana. Su presencia es tan avasalladora que bien puede considerársele un mito. En contraparte, no hay un villano que destaque. A Porfirio Díaz se le respeta y por el chacal Huerta más que odio hay desprecio; los pelones a fin de cuentas son pueblo, igual que los alzados. El papel de “malos” queda reservado para los jefes políticos, los hacendados y los comerciantes abusivos, así como para uno que otro de esos oficiales que –en palabras de Rafael F. Muñoz–

aprendieron “a hacer la guerra como dicen los libros”.

La antología presenta como primera novela *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela, obra que se ha convertido en el ejemplo por excelencia del género. Ciertamente es la primera novela publicada de las incluidas, sin embargo Castro Leal ignora tres novelas que tratan el asunto del inicio de la revolución y que aparecieron antes que *Los de abajo*. La novela que realmente da inicio a la narrativa inspirada en la Revolución Mexicana es *Andrés Pérez, maderista*,⁵ publicada por Blanco y Botas en 1911. La acción transcurre de noviembre de 1910 a junio de 1911, meses en los que estalla el descontento contra el dictador, y finaliza con la huida de Porfirio Díaz, el ataque de los maderistas a Ciudad Juárez y el triunfo completo de la Revolución. O sea que don Mariano escribió su novela de manera casi simultánea al desarrollo de los acontecimientos históricos. No deja de ser lamentable que *Andrés Pérez...* haya quedado fuera de la antología. *Su majestad caída o la Revolución Mexicana*⁶ de Juan A. Mateos (1831-1913) apareció en 1914. Viene a ser la conclusión de una vastísima producción de novelas históricas cuyo primer título es *El cerro de las campanas (Memorias de un guerrillero)*, publicada en 1868. Juan A. Mateos nunca se distinguió por la calidad de sus trabajos y *Su majestad caída* peca del tremendismo y la cursilería que lo caracterizaron; la novela da noticias de la victoria de Pascual Orozco en Ciudad Juárez sobre

⁵ Mariano Azuela. *Andrés Pérez, maderista*.

⁶ Juan A. Mateos. *Su majestad caída o la Revolución Mexicana*.

las tropas del gobierno y termina con la transcripción de la renuncia de Porfirio Díaz a la Presidencia de la República, el 25 de mayo de 1911. Ireneo Paz (1838-1924) también fue testigo del fin del Porfiriato y del triunfo maderista; autor de una serie de novelas y leyendas históricas de la Independencia puso punto final a la saga con *Madero*,⁷ aparecida en 1914.

Mariano Azuela (1873-1952) está espléndidamente representado con tres novelas: *Los de abajo*,⁸ *Los caciques*⁹ y *Las moscas*¹⁰. La importancia y la popularidad de *Los de abajo* hacen que cualquier consideración acerca de ella y su protagonista resulte redundante. Tan sólo sería oportuno recordar que Demetrio Macías es el personaje por antonomasia de la narrativa de la revolución y que en los bravos que comanda se palpa la fuerza que provocó el estallido del conflicto armado: el odio. Mariano Azuela refería que escribió *Los caciques* (1918) “a escondidas”, por las noches y no bien terminaba su sesión de trabajo, escondía sus papeles por temor a un cateo de alguna de las facciones que pasaba por Lagos de Moreno. La acción tiene lugar en una ciudad de provincia y transcurre entre el triunfo de Madero y la traición de Huerta. El poder del dinero y sus maniobras para acomodarse en el nuevo orden social constituyen el eje de la historia, que nos ofrece las mejores páginas del Azuela costumbrista. En *Las*

moscas (1918), una novela compuesta por cuadros con poca relación entre sí, muestra cómo los líderes revolucionarios empiezan a usar el poder en beneficio propio y se dejan lisonjear por los oportunistas que como moscas acuden por su parte del botín.

Se debe a Martín Luis Guzmán (1887-1976) la mejor novela jamás escrita en torno a la Revolución Mexicana: *La sombra del caudillo* (1930).¹¹ Obra del talento convertido en lúcida inteligencia, en ningún momento cae en la demagogia ni se deja llevar por el dolor o la indignación ante el ya por aquel entonces corrupto panorama político. La trama, sólidamente trazada y desarrollada con la eficiencia de una acción militar exitosa, refiere la lucha por la presidencia de la república en tiempos de Obregón y muestra la verdadera cara de los generales victoriosos, para quienes la justicia revolucionaria debía favorecerlos única y exclusivamente a ellos. Los otrora caudillos no son sino hienas que buscan o se aferran el poder, “madrugando” a sus enemigos y cuidándose de un “madruguete”. Mucha de la férrea lucidez de *La sombra del caudillo* se debe a que antes de escribir la novela, Martín Luis Guzmán dio forma a otra obra maestra, *El águila y la serpiente*, una crónica de su odisea personal tras la traición de Victoriano Huerta, que lo obligó a huir del país, para unirse con cientos de mexicanos descontentos, en los Estados Unidos. *El águila y la serpiente* (1928)¹² ofrece una galería de retratos de la inmensa mayoría de los futuros caudillos revolucionarios en los meses en que

⁷ Ireneo Paz. *Madero*.

⁸ Mariano Azuela. *Los de abajo* (Cuadros de la revolución mexicana).

⁹ Mariano Azuela. *Los caciques*. Novela de costumbres nacionales.

¹⁰ Mariano Azuela. *Cuadros y escenas de la Revolución Mexicana. Las moscas. Domitilo quiere ser diputado*.

¹¹ Martín Luis Guzmán. *La sombra del caudillo*.

¹² Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*.

preparaban su ofensiva contra el usurpador Victoriano Huerta. Como relación de hechos verdaderos que influyeron de manera decisiva en la historia de México, en nada desmerece junto a la magistral novela que M. L. Guzmán escribió inmediatamente después.

La selección del material de José Vasconcelos (1882-1959) no resulta tan acertada como la de su compañero en el Ateneo de la Juventud. Solamente el último tercio de *Ulises criollo* (1935)¹³, primera entrega de las memorias del autor de *La raza cósmica*, se refiere a la Revolución Mexicana, desde su afiliación al Partido Antireeleccionista y su amistad con Francisco I. Madero hasta lo que Vasconcelos llama "El averno", los asesinatos de El apóstol de la democracia y de su vicepresidente, José María Pino Suárez. *La tormenta*, (1937)¹⁴ segunda parte de sus memorias, principia en marzo de 1913 y termina en julio de 1920, o sea que coincide con el tiempo señalado por Castro Leal en su definición. En ese lapso de tiempo José Vasconcelos fue encarcelado por la policía de Huerta, logró escaparse y huir del país, ponerse en contacto con los revolucionarios exiliados en Estados Unidos y Europa, tener contactos con representantes de gobiernos europeos, volver a internarse en México formando parte de las fuerzas revolucionarias, participar de manera sobresaliente en la Convención de Aguascalientes, formar parte en calidad de Secretario de Instrucción Pública del gobierno emanado de la Convención, huir por todo lo largo del territorio nacional, desde la ciudad

de México hasta la frontera, de las huestes carrancistas, ejercer toda clase de empleos en los Estados Unidos con tal de no aceptar ni agua de los carranclanes y finalmente regresar a México para hacerse cargo de la rectoría de la Universidad Nacional...; en suma, toda una señora novela —que apegándose a la preceptiva literaria no es tal, sino unas memorias— vivida por el oaxaqueño, en la que los aspectos políticos y armados de la Revolución estuvieron amenizados por los lances amorosos del autor de *Sonata mágica*. Sin embargo, pese a sus virtudes y a que abarca todo el período armado de la Revolución, *La tormenta*, que lamentablemente ha tenido bastantes menos lectores que el *Ulises criollo*, fue dejada fuera de la antología.

Un verdadero acierto es la inclusión de *La revancha* (1930)¹⁵ de Agustín Vera (1889-1946), el menos conocido de los autores seleccionados por Castro Leal. Oriundo de Acámbaro, Gto., pasó la mayor parte de su vida en San Luis Potosí. Abogado, profesor universitario y juez, en su faceta de escritor abordó el cuento, la novela, la leyenda, el teatro y la poesía; acaso su condición de autor provinciano lo privó de reconocimientos y, sobre todo, de público. *La revancha*, pese a sus méritos, sólo ha sido reeditada un par de ocasiones.¹⁶ La acción da inicio en 1914, tras el fracaso de la Convención de Aguascalientes, en San Luis Potosí, tanto en la ciudad como en algunas haciendas aledañas, posteriormente se traslada a la capital de la república, convertida en

¹³ José Vasconcelos. *Ulises criollo*.

¹⁴ José Vasconcelos. *La tormenta*.

¹⁵ Agustín Vera. *La revancha*. Novela mexicana.

¹⁶ Una de ellas es la de *La novela de la Revolución Mexicana*, t. 1, pp. 811- 920; la otra es de Premia-SEP, 1982, 243 pp. (La matraca, 22)

el campo de batalla de los oportunistas, que lucran con la Revolución. *La Revancha* es una de las rarísimas novelas de la Revolución cuyo impulso principal no está en la lucha libertaria, sino en el amor, un amor que no puede realizarse debido a la violencia del México bronco. Lupe y Manuel forman una joven y feliz pareja, a punto de contraer matrimonio. Sin embargo, un mal día un carrancista mata a Manuel. Lupe jura, ante el cadáver de su prometido, vengar su muerte y años después cumple a cabalidad su juramento, cuando el asesino reaparece, convertido en un general que la pretende... Sin duda una buena trama, enmarcada por las fricciones entre villistas y carrancistas y el tránsito de la Revolución de la lucha armada a la "grilla". *La revancha* ofrece bastante información sobre las condiciones del villismo cuando se encontraba en su punto más alto: sus ferrocarriles perfectamente equipados y pertrechados, sus máquinas de hacer billetes, un dinero que derrochaban a manos llenas. Por lo demás, como en la inmensa mayoría de las novelas de la Revolución, señala que los combatientes empuñaban las armas sin saber a ciencia cierta el porqué, por mero odio o rencor social. En determinado momento, una facción decide continuar la lucha dentro del carrancismo por obra y gracia de un volado (se tira al aire un zapato, pues ninguno de los revolucionarios trae una moneda), no por convicción.

Nellie Campobello, Francisca Moya Luna, (1900-1986) ofrece una visión insólita de la Revolución: la de una niña que jugaba a las muñecas con los soldados villistas, famosos y temidos por sus abusos y desmanes de toda índole. Paisana hasta las cachas del Centauro del Norte,

ambos nacieron en Villa Ocampo, Durango, Nellie escribió los relatos de *Cartucho* (1931)¹⁷ para exponer su verdad sobre el villismo, lo que a ella le constaba de los integrantes de la División del Norte, en los tiempos en que Pancho Villa había sido expulsado del panteón revolucionario. Ella siempre se consideró una escritora sencilla, que empleaba pocos adjetivos y sobre todo apela a la simpatía y a la ternura de sus lectores; uno de ellos, Max Aub, la considera "la escritora más interesante de la Revolución"¹⁸. *Las manos de mamá* (1937)¹⁹ gira en torno de una mujer villista que enviudó durante la Revolución. Nellie refiere que su madre ayudaba a todo el que lo necesitara y tanto ella como su prole preferían el trato de la gente de campo y de los indígenas, como los tarahumaras, cuya fresca y libertad los hacía más felices. En *Las manos...* la visión de Nellie no es tan fresca como en *Cartucho*, poco a poco la inocencia del primer libro se fue perdiendo con el inexorable paso del tiempo.

Apuntes de un lugareño (1932)²⁰ de ninguna manera es una novela, sino un libro de recuerdos en el cual José Rubén Romero (1890-1952) evoca sus primeros años de vida, que transcurrieron en calma chicha en diversos pueblitos de Michoacán. Ese ambiente idílico fue roto en 1912, cuando estuvo a punto de ser fusilado por esbirros a las órdenes del gobernador Garza González, impuesto por el usurpador Victoriano Huerta. La Revolución Mexicana figura muy poco en

¹⁷ Nellie Campobello. *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México*.

¹⁸ Max Aub. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, p. 21.

¹⁹ Nellie Campobello. *Las manos de mamá*.

²⁰ José Rubén Romero. *Apuntes de un lugareño*.

la narración, es apenas un incidente en la juventud de Romero que, como la inmensa mayoría de sus contemporáneos, se manifiesta a favor de Francisco I. Madero, quien aparece no como líder de un movimiento social, sino como un creyente del espiritismo... *Desbandada* (1934)²¹ es la continuación de *Apuntes...* y una muestra más de la nostalgia por Michoacán, sus paisajes, costumbres y –sobre todo– sabores. Sucede en Tacámbaro, donde un poeta pueblerino logra levantar cabeza, tras el triunfo de Madero, cuando se hace cargo de una tienda. Sin embargo, en la rebelión contra Huerta, las hordas revolucionarias, al mando de un tal Inés Chávez, saquean el pequeño comercio, por lo que el vate michoacano regresa a la pobreza. Fiel a sus convicciones, no por ello condena a “la bola”, pues: “La Revolución, como Dios, destruye y crea y, como a Él, buscámosla sólo cuando el dolor nos hiere...”²² José Rubén Romero es un escritor sencillo, ameno, no exento de momentos de cursilería, que se deja leer con gusto y facilidad. Su obra rinde homenaje a su patria chica, sin embargo no presenta elementos suficientes para ser considerado autor de Novela de la Revolución.

Gregorio López y Fuentes (1897-1966) aporta la perspectiva zapatista, la visión de los seguidores del caudillo del sur, a la narrativa de la Revolución, aunque en el terreno de las armas López y Fuentes siguió a Carranza y le mantuvo su fide-

dad. *Campamento* (1931)²³ es un espléndido ejemplo de novela de la revolución compuesta por cuadros y episodios apenas ligados entre sí. Su interés reside en el hecho de que nos cuenta varios aspectos de la vida diaria de las tropas revolucionarias: sus escasos alimentos cotidianos que contrastaban con los festines con carne asada; el papel de las mujeres, las célebres “adelitas”, que lo mismo eran combatientes, compañeras de armas, que cocineras y enfermeras. En el aspecto militar, los grados se asignaban “de dedo”, según los pareceres de los “generales”, cuyas tácticas guerrilleras de combate contrastaban con la estrategia aprendida en academias de los federales. *Tierra* (1932)²⁴ es una pequeña obra maestra, mezcla de crónica y mito, en una novela corta cuya acción va de 1910 a 1920. La vida de una hacienda se altera por los rumores del inicio de la Revolución, las inquietudes se acentúan cuando un peón llevado a la leva de castigo regresa contagiado de maderismo. Continúa la narración escueta, lacónica, de los principales sucesos revolucionarios: la Decena Trágica, la entrada de villistas y zapatistas en la ciudad de México, la Convención de Aguascalientes y el decreto del 16 de enero de 1915 que establece el reparto de tierras. Entonces hace su aparición Emiliano Zapata, en calidad de testigo del auto de deslinde de las tierras de Yauteppec y Anenecuilco, su pueblo natal. Los segmentos narrados con mayores detalles

²¹ José Rubén Romero. *Desbandada*.

²² José Rubén Romero. *Desbandada* en *La Novela de la Revolución Mexicana*, t. II, pp. 170-171.

²³ Gregorio López y Fuentes. *Campamento*.

²⁴ Gregorio López y Fuentes. *Tierra. La Revolución Agraria en México*.

corresponden a la traición de Guajardo, que se concreta en Chinameca, donde Zapata es acibillado. Pero en los decires de la gente Emiliano sigue vivo, ya lo han visto, hay quienes afirman que lo han vuelto a ver cabalgando... *Mi general* (1934)²⁵ cuenta una historia que se repitió no pocas ocasiones en la época revolucionaria: un terrateniente, un hacendado, se levanta en armas y con su dinero compra armamento y demás pertrechos miliares para él y quienes se animan a seguirlo, casi siempre sus trabajadores y jornaleros. Hombre de buenas intenciones, de golpe y porrazo se convierte en un militar, que triunfa en veinte combates. Sus éxitos lo conducen a la ciudad de México, donde logra ser diputado y miembro de la élite gubernamental. En la cúspide del poder y ahito de dinero e influencias, se deja convencer por sus “amigos” y pensando que la tiene fácil, se lanza a una elección que le resulta funesta, pues sin darse cuenta ha ido en contra de la consigna del gran elector de esos tiempos...

Tropa vieja (1943)²⁶ de Francisco L. Urquiza (1891-1969) muestra la manera en que “un pelón”, un soldado del ejército federal, vivió “la bola”. La narración principia en 1909, en una hacienda de la zona de La Laguna, y termina con la Decena Trágica. Espiridión, un peón que pudo ir a la escuela cuando su padre le vivía, sabe leer y escribir, así como hacer cuentas, por lo que no se deja de los abusivos rayeros y frecuentemente sale en defensa de sus compañeros. Su “rebeldía” le acarrea la mala voluntad de los gachupines dueños de la hacienda, quienes se

libran de él mandándolo de soldado de leva. Como soldado raso es víctima de los abusos de los oficiales, quienes se ensañan con los de abajo; también advierte que cuando alguien es ascendido, de inmediato se olvida que alguna vez fue parte de la tropa y se comporta como cualquier oficial: poniendo la bota encima de sus subordinados. Los soldados están obligados a combatir, saben que se castiga con la muerte a los desertores. Es sumamente peligroso cambiar de bando, pues los alzados fusilan sin más a quien consideren un desertor, como le sucedió al periodista Otamendi, un maderista condenado a ser soldado de leva por publicar opiniones en contra del gobierno, quien fue ultimado por los revolucionarios cuando intentaba pasarse a su bando... *Tropa vieja* ofrece mucha información sobre la vida cotidiana de la tropa: se alimentaban con tortillas, atole y frijoles, bebían café y debían estar muy al pendiente de sus pertenencias, so pena de que cambiaran de dueño. Como a los revolucionarios, bastantes mujeres seguían a la tropa, para atender a “sus hombres”; estaban con ellos lo mismo en los cuarteles que durante los combates o en prisión. Los ejércitos gubernamentales tenían mejor armamento que los rebeldes, pero sus oficiales eran unos ancianos, sobre todo los coroneles y generales. En la línea de fuego, Espiridión descubre una verdad muy amarga: la Revolución Mexicana fue una guerra de pobres y desamparados contra pobres y desamparados, en la que muy pocos salieron “gananciosos” y muchos, muchísimos acabaron de “perdidosos”. En la obra del general Urquiza no deja de advertirse un dejo de tristeza, ya que este curtido hombre de armas bien se dio cuenta que

²⁵ Gregorio López y Fuentes. *¡Mi general!*

²⁶ Francisco L. Urquiza. *Tropa vieja*.

“la bola” fue una lucha entre hermanos revolucionarios y a él no le gustó guerrear contra sus compatriotas.

José Mancisidor (1894-1956) evoca su participación en la defensa del puerto de Veracruz, contra la invasión norteamericana de abril de 1914, en *Frontera junto al mar*,²⁷ escrita en 1949 y publicada en 1953. Antes había dado a la imprenta *En la rosa de los vientos* (1941)²⁸, que narra el surgimiento de las ideas revolucionarias en la región del golfo de México, el estallido de las hostilidades, el triunfo de la Revolución, así como el olvido de tanta y tanta sangre joven derramada. No obstante, la antología coloca primero a *Frontera...* que recoge el odio generalizado de los mexicanos hacia el mariguano Huerta, cuyos esbirros no dejaban de espiar a la ciudadanía, pues en todo el país se hablaba de los triunfos de Villa y del avance del carrancismo hacia la capital. *Frontera junto al mar* se desarrolla en un barrio bravo de Veracruz, habitado por pescadores explotados por los comercializadores y fauna urbana de la más diversa calaña, como “El Chespiar”, un vagabundo que da clases de inglés a los niños del barrio. La parte central de la trama está compuesta por las acciones de los porteños en contra de los diez navíos de guerra norteamericanos y más allá del maniqueísmo que caracteriza a Mancisidor, acaso su mérito resida en la presentación de diversas acciones bélicas llevadas a cabo por civiles. De mejor factura resulta *En la rosa de los vientos*, novela cuyo narrador y protagonista permanece en el anonimato, pues no da su nombre – en el capítulo dos refiere que

en su barrio le decían “Diablo”, pero pronto se aleja de esos lares. El protagonista, jarocho como Mancisidor, deja atrás una vida irresponsable para sumarse a la rebelión en contra del dictador, bajo la férula de dos personajes con visiones distintas de la Revolución: El Canteado, el campesino bragado que lucha por un pedazo de tierra y la libertad para trabajarla, y León Cardel, preso político durante la dictadura, quien proclama que la lucha armada debe acarrearle más beneficios a la población, principalmente a los obreros. Los mejores momentos de la novela recrean acciones bélicas, verdaderas gestas, evocaciones de los hechos de armas en los cuales participó Mancisidor –como la toma de los campos petroleros en manos de compañías extranjeras y una marcha a través del desierto durante la cual son atacados por los pelones–, quien logró salvar el pellejo en “la bola”. Sin embargo no corre con la misma fortuna en su faceta de predicador social. Junto al admirable aliento épico de *En la rosa de los vientos*, hay un excesivo verbalismo revolucionario, que desmerece ante los sucesos novelados. En vida José Mancisidor fue un hombre de una pieza, cuyas acciones siempre dejaron constancia de sus indeclinables convicciones revolucionarias, pero si en su calidad de novelista pretendió expresar un ideario o una ideología revolucionaria, erró en su propósito. La Revolución Mexicana careció de ideología, no tuvo un credo social que la encausara, como la rusa. Se inició como una exigencia por elecciones limpias, continuó con un reclamo por la tierra y libertad para trabajarla, y acabó siendo una rebatinga por el poder. Las mentes más lúcidas que escribieron sobre la Revolución, José Vasconcelos y

²⁷ José Mancisidor. *Frontera junto al mar*.

²⁸ José Mancisidor. *En la rosa de los vientos*.

Martín Luis Guzmán, no se ocuparon del aspecto ideológico, simple y sencillamente porque no existía. Vasconcelos, a propósito de la Convención de Aguascalientes, se concreta a presentar la situación del país y de las luchas entre las diversas facciones en ese preciso momento; Martín Luis Guzmán, en *La sombra del caudillo*, se limita a señalar las reacciones de los asistentes ante los discursos de los líderes, pero se abstiene de citar o transcribir fragmento alguno... Mancisidor escribió *En la rosa de los vientos* justo en los años en que la Revolución Mexicana lograba sus máximas conquistas sociales: la reforma agraria, el salario mínimo, la educación obligatoria y gratuita, así como la expropiación petrolera. En ese entonces, era posible tener una visión esperanzadora del futuro del país, con la cual termina la novela, mostrando a El Canteado que muy feliz trabaja su tierra.

La obra de Rafael F. Muñoz (1899-1972) es una oda, un ditirambo, a "la figura imponente" de Francisco Villa. Muñoz no perteneció a las huestes del Centauro del Norte, pero su producción literaria lo muestra como un ferviente villista. Gracias a su actividad periodística tuvo oportunidad de entrevistarle en varias ocasiones y quedó impactado por su personalidad. La primera edición de *¡Vámonos con Pancho Villa!*²⁹ apareció en Madrid, debido a que Calles y sus esbirros trataban, infructuosamente, de borrar cualquier vestigio del máximo jefe de la División del Norte. "Aquél sí que era hombre y jefe de hombres..."³⁰ *¡Vá-*

monos con Pancho Villa! que –según palabras de su autor sólo contiene hechos verídicos– es un híbrido que demuestra el carácter impuro del género novela. Sus primeros "capítulos" en realidad son unos cuentos que Muñoz publicó en *El Universal*, inspirados en los "Leones de San Pablo", unos campesinos que se unieron a la División del Norte. Son narraciones ágiles, con un desarrollo veloz, que tienen como protagonistas a todos y cada uno de los "Leones" y como telón de fondo dan cuenta de los avances de las tropas villistas y de sus preparativos para la toma de Zacatecas; Rafael F. Muñoz está considerado el mejor cuentista de la Revolución y los ocho primeros "capítulos" de *¡Vámonos con Pancho Villa!* lo demuestran. De pronto, el tempo y la anécdota de la novela cambian de manera radical: Francisco Villa, que apareció esporádicamente en la primera mitad, se convierte en la figura central de la trama. Se trata de un Villa que conoció la derrota en Celaya y va en retirada; no obstante, tiene los arrestos para demostrar su odio a los gringos atacando Columbus, además de salir victorioso de una batalla contra los carranclanes y sobrevivir a una herida de bala "fría", de rebote, que se le incrusta en una pierna. Toda una ordalía, la épica personal de El Centauro del Norte por ocultarse de la punitiva expedición yanqui que simplemente no pudo encontrarlo, mucho menos apresarle, y sobrevivir sin auxilio médico ni medicamentos, pero con la indeclinable lealtad de sus seguidores. Un alto porcentaje de la imponente figura de Francisco Villa residió en la nobleza y la lealtad de sus huestes; la segunda parte de *¡Vámonos con...*, una novela corta perfectamente hilvanada, ofrece testimonio de tal grandeza

²⁹ Rafael F. Muñoz. *¡Vámonos con Pancho Villa!*.

³⁰ Rafael F. Muñoz. *¡Vámonos con...* en *La Novela de la Revolución Mexicana*, t. II, p. 723.

humana. Por su parte, *Se llevaron el cañón para Bachimba*³¹, novela finalizada en 1936 y publicada cinco años después en Buenos Aires, se desarrolla durante la rebelión de Pascual Orozco en contra del presidente Madero. Cuenta la iniciación en la vida de Álvaro Abasolo, un jovencito de familia acomodada que a los trece años se suma en calidad de secretario a la Brigada Ruiz, una facción orozquista, debido a que sabe leer y escribir, y en más de un idioma. Pascual Orozco no le gusta, pues considera que le faltaba “ese efluvio misterioso del jefe” que arrastra a los demás a seguirlo sin condiciones, como Pancho Villa. En cambio, entre Marcos Ruiz, el jefe de la brigada, y él pronto se establecen lazos de cooperación y simpatía. Bajo su férula Álvaro se convierte en un “colorado”, ansioso de contribuir en la salvación del pueblo sojuzgado. Sin embargo, la brigada tiene poca actividad, contadas veces entra en combate, o se la pasa huyendo de los pelones que le aventajan en armamento y municiones; para colmo de males desperdician mucho tiempo en espera de las órdenes de Orozco, que harto se demoran y cuando al fin llegan indican que la brigada debe retroceder aún más, lo que acarrea su desintegración. *Se llevaron el cañón para Bachimba* no deja de transmitir cierto dejo de derrota, en un tono antiépico. Sin embargo, el aprendizaje de la vida de Álvaro le da la certeza de haberse convertido en un hombre completo.

Más que una novela de la Revolución, que por cierto lo es, *El resplandor* (1937)³² representa una brillante síntesis de la narrativa mexicana del primer tercio del siglo XX, pues en ella se advierte el costumbrismo, un acercamiento al mundo colonial, las historias verídicas de la Revolución y el indigenismo. Mauricio Magdaleno (1906-1986) ofrece un mural del campo mexicano más extenso: el de Cal y Tepetate, siempre sediento de agua y de la más elemental justicia social. La acción se desarrolla en la región del valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo, tierra de los otomíes, raza explotada por los aztecas, los conquistadores y los mestizos. En el siglo XVI recibieron bien a los españoles, esperanzados de que los librarán del yugo azteca, pero después cayeron en otro peor, el de los encomenderos, representados por la dinastía de los Fuentes, amos y señores de la región hasta la Independencia, cuyos beneficios no se recibieron en esos lares; de ahí que los otomíes sean ariscos y se cierren a toda novedad. Con la Revolución abrigan esperanzas de un cambio positivo, encarnado en “Coyotito”, alguien de su misma raza, un huérfano criado por los habitantes de San Andrés de la Cal y educado en la capital del estado por la revolución triunfante. Gracias al apoyo de sus paisanos, “Coyotito” se convierte en el señor gobernador del estado y una vez en el poder sigue el mismo patrón de conducta adoptado por la inmensa mayoría de los gobernantes surgidos de la Revolución Mexicana.

³¹ Rafael F. Muñoz. *Se llevaron el cañón para Bachimba*.

³² Mauricio Magdaleno. *El resplandor*.

Miguel N. Lira (1905-1961) escribió *La Escondida* (1948)³³ casi treinta años después del fin de las hostilidades bélicas, por tanto pudo apreciar la Revolución desde una perspectiva histórica. “La Escondida” es, por un lado, una pequeña selva enclavada en el monterío de la sierra y, por otro, una hermosa mujer, Gabriela Adalid, viuda de un general porfiriano, a quien el cabecilla revolucionario Felipe Rojano, protege y esconde en su casa, hasta que se enamoran y procrean un hijo, que no conocerá a su padre, asesinado por uno de sus compañeros revolucionarios, pero crecerá y vivirá en el México producto del régimen revolucionario. En *La Escondida* el amor adquiere una importancia que no tiene en ninguna otra novela de la Revolución —salvo *La revancha*—, cuyos personajes, preocupados por conservar el pellejo, no cuentan con el tiempo ni los ánimos para entregarse a tal sentimiento. La acción se desarrolla en Tlaxcala y abarca desde los últimos años del Porfiriato hasta la caída de Victoriano Huerta. Los principales sucesos revolucionarios —el Plan de San Luis, los levantamientos en Chihuahua, los asesinatos de los hermanos Serdán, el ascenso al poder de Madero— marcan el desarrollo de la trama, como en toda novela de la Revolución. Sin embargo, y esto distingue a *La Escondida* de las otras obras de su género, Lira presta la misma atención a los hechos de armas y de gobierno que a la melodramática relación de la bien educada y elegante dama con el analfabeto jefe revolucionario, quien se convierte en un cacique tras

vencer a los pelones, pero a base de respeto y perseverancia consigue ganarse su corazón. A primera vista el melodrama de Gabriela y Felipe desentona, por no decir choca, con la violencia característica de la narrativa de la Revolución, sin embargo los extremos se atraen y terminan encontrándose. Y de la mezcla de clases sociales que trajo consigo “la bola” surgió el México de nuestros días.

Siempre que se comenta una antología, no faltan los señalamientos de nombres y títulos dejados fuera o incluidos sin los méritos suficientes. Este caso no podía ser la excepción, máxime al tratarse de una empresa de esa envergadura. Castro Leal sin duda realizó un trabajo sobresaliente, que ha obtenido muy merecido reconocimiento. Las observaciones a su elección han quedado señaladas: las ausencias de *Andrés Pérez, maderista*; *La tormenta* y *El compadre Mendoza*, así como la inclusión de *Apuntes de un lugareño*. En lugar de esta última bien pudo haberse incluido *Tierra caliente* (1935)³⁴ y *El sur quema* (1937)³⁵ de Jorge Ferretis (1902-1962). Podría aducirse que Ferretis dista de ser un autor de primera línea, pero José Rubén Romero tampoco lo es, y las novelas de Ferretis se ocupan primordialmente de la Revolución Mexicana, desde el inicio del movimiento armado hasta la corrupción que muy temprano se apoderó de ella. Mariano Azuela fue el primero en denunciarla en *Andrés Pérez, maderista*; en 1918, cuando el país padecía los últimos meses de lucha armada, Diego Arenas

³³ Miguel N. Lira. *La Escondida*.

³⁴ Jorge Ferretis. *Tierra caliente. Los que sólo saben pensar*.

³⁵ Jorge Ferretis. *El sur quema. Tres novelas*.

Guzmán publicó *El señor diputado*,³⁶ una novela que cuenta dos historias: la primera es la de un revolucionario, Carlos Macías, que se ha distinguido por su valor y su honradez, quien acaba solo y en la miseria; la segunda es la de Felipe Orozco, un oficial que se enriquece sin el menor escrúpulo y cuyas mañas le ganan una curul en el Congreso Nacional... Acaso la mayor omisión de la antología sea *La negra angustias* (1944)³⁷, de Francisco Rojas González (1904-1951). La coronela Angustias Farrera es uno de los personajes más interesantes de la literatura mexicana; acaso nadie como ella ilustre el destino de los miles y miles de campesinos que lograron salir con vida de "la bola": la vuelta a su antigua condición de siervos.

Cuando *La novela de la Revolución Mexicana* apareció, la mitad de los doce autores seleccionados habían pasado a mejor vida; desde tiempo atrás, la crítica consideraba que el género Novela de la Revolución, expresión acuñada en el lejano 1926, había cumplido su ciclo que, por tanto, quedaba concluido. No sucedió así y a los pocos años empezaron a publicarse novelas, cuentos y relatos inspirados en la Revolución Mexicana, escritos por los hijos y algún nieto precoz de los revolucionarios; una generación después, toca el turno de los nietos y uno que otro bisnieto que continúan la bola narrativa inspirada en los hechos históricos que se iniciaron en 1910■

³⁶ Diego Arenas Guzmán. *El señor diputado*.

³⁷ Francisco Rojas González. *La negra angustias*.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenas Guzmán, Diego. *El señor diputado*. México, Botas, 1918.
- Aub, Max. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*. México, SEP-FCE, 1985, p. 21.
- Azuela, Mariano. *Andrés Pérez, maderista*. México, Imp. De Blanco y Botas, 1911.
- . *Los de abajo* (*Cuadros de la revolución mexicana*), El Paso, Texas, Imp. de El Paso del Norte, 1916.
- . *Los caciques. Novela de costumbres nacionales*. México, Talls. Edits. de la Cía. Periodística Nacional, 1917.
- . *Cuadros y escenas de la Revolución Mexicana. Las moscas. Domitilo quiere ser diputado*. México, Tip. De A. Carranza e Hijos, 1918.
- . *Los de abajo*. El Paso, Tejas, Imprenta de El Paso del Norte, 1916
- Nellie Campobello. *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México*. Xalapa, Ver. Ediciones Integrales, 1931.
- . *Las manos de mamá*. México, Eds. Juventudes de Izquierda, 1937.
- Castro Leal, Antonio (comp.) *La novela de la Revolución Mexicana*. (Selección, introducción general, cronología histórica, prólogos, censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía de...) México, Aguilar, 1960. 2 vols.
- Ferretis, Jorge. *Tierra caliente. Los que sólo saben pensar*. Madrid, Espasa Calpe, 1935.
- . *El sur quema. Tres novelas*. México, Botas, 1937.
- Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Madrid, Aguilar, 1928.
- . *La sombra del caudillo*. Madrid, Espasa Calpe, 1930.

- Iguiniz, Juan B. *Bibliografía de novelistas mexicanos*. Pról. de Francisco Monterde. México, SER, 1926.
- Lira, Miguel N. *La Escondida*. México, EDIAPSA, 1948.
- López y Fuentes, Gregorio. *Campamento*, Madrid, Espasa Calpe, 1931.
- . *Tierra. La Revolución Agraria en México*. México, Talls. De El Universal, 1932.
- . *¡Migeneral!* México, Botas, 1934.
- Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*. México, Botas, 1937.
- Mancisidor, José. *En la rosa de los vientos*. México, EDIAPSA, 1941. (Ediciones Romance)
- . *Frontera junto al mar*. México, FCE, 1953. (Letras Mexicanas, 7)
- Mateos, Juan A. *Su majestad caída o la Revolución Mexicana*. México, casas editoriales Maucci hermanos e hijos, 1914.
- Muñoz, Rafael F. *¡Vámonos con Pancho Villa!* Madrid, Espasa Calpe, 1931.
- . *¡Vámonos con...* en *La Novela de la Revolución Mexicana*, t. II, p.723.
- . *Se llevaron el cañón para Bachimba*. Bs. As, Espasa Calpe, 1941.
- Paz, Ireneo. *Madero*. México, Imp. de Ireneo Paz, 1914.
- Urquiza, Francisco L. *Tropa vieja*. México, Talls. Gráficos del Depto. de Pub. y Prop. de la SEP, 1943. 328 pp
- Rojas González, Francisco. *La negra angustias*. México, Cía. Gral. de Ediciones, 1944.
- Romero, José Rubén. *Apuntes de un lugareño*. Barcelona, Imp. Nuñez y Cía, 1932.
- . *Desbandada*. México, Botas, 1934.
- . *Desbandada en La Novela de la Revolución Mexicana*, t. II, pp. 170-171.
- Vera, Agustín. *La novela de la Revolución Mexicana*, t. 1, pp. 811-920; la otra es de Premia-SEP, 1982. 243 pp. (La matraca, 22)
- . *La revancha*. Novela mexicana. San Luis Potosí, Talls. Linotipográficos, 1930.
- Vasconcelos, José. *Ulises criollo*. México, Botas, 1935.
- . *La tormenta*. México, Botas, 1937.